



(El pintor Ducornet.)

8 DE JUNIO DE 1851.



## HISTORIA DE DOS PIECEGITOS.

No faltará alguno que al leer este título espere alguna viva y galante leyenda. Ciertó es que basta para inquietar vivamente la imaginación y lanzarla de un solo golpe á recorrer los mas halagüeños espacios. Sin embargo, nada de galantería habrá en esta historia, y su interés únicamente dependerá de la narración de la verdad desnuda.

Tal como es, héla aquí:

«Una noche de enero de 1806 que se ocupaban en las brillantes *soirées* del imperio, y en que el cierzo soplabá fuerte y seco para los pobres, en una triste habitación de la ciudad de Lila, en Flandes, una pobre mujer iba á ser madre. Este grande acontecimiento de familia, ya suceda en plena prosperidad, ya en la fuerza de la desdicha, este desenlace de los sufrimientos es tan consolador, que poderosos y miserables le saludan con bendiciones... En la noche de que hablamos, había llegado la hora en que las privaciones y los dolores, las angustias y miserias, todo iba á ser olvidado: la mujer había dado su último quejido, el esposo abrazaba á la madre, cuando una exclamación del médico sumió en la tristeza á esta pareja apenas consolada. El niño que acababa de recoger no tenía brazos. Este recién llegado á nuestro mundo debía ser un día el pintor Ducornet.

Como hace mucho tiempo que Ducornet se ha conformado con su suerte, como hace mucho tiempo que por su talento y su generosidad ha librado á sus padres de la pobreza, y como después de todo, según él, según yo y todos los que le conocen, nada le falta para participar de todos los acontecimientos de la vida, hablaré de él alegremente. Desembarcé, pues, en la tierra, configurado de una manera tan original, que desde el primer momento se empezó á hablar de él. Ventaja es esta que envidiarían hoy los amantes de celebridad á toda costa. Había nacido sin muslos, lo mismo que sin brazos, el tibial estaba unido al bacinete, ó sea á la parte inferior del muslo, como lo estaría el fémur que le falta....

Es todo lo que me permite decir mi ignorancia en materias anatómicas. Añadiré solamente que los pies de Ducornet, gruesos y pequeños, no tienen mas que cuatro dedos; y he podido observar que la falta de un dedo da á los demás mayor libertad para moverse.

Desde la infancia, antes de poder comprender de qué utilidad tan preciosa le serían algun día, César (un lector de Sterne, padrino irónico, le había puesto este nombre) consiguió dar á sus pies una gran destreza, jugando á las bochas, al peon y á los demás juegos predilectos de la infancia. Hizo sus primeros estudios con suma facilidad. Sus padres pensaban en dedicarle á alguna profesion propia de sus facultades aparentes, cuando Dumoncelle, profesor del colegio de Lila y hábil calígrafo, emprendió el hacerle un profesor de escritura; pero ya la vocación artística de César se había despertado en él.

Desde el momento en que su imaginación había podido comprender lo que veían sus ojos, en que su tierna alma se doblegaba á los prestigios del arte, la pintura fué el objeto de su sencilla admiración.

Bien pronto abandonó los juegos de la infancia, y no encontró mas recreo que en los museos. Entusiasmado con su idea, el profesor Dumoncelle condenaba á César á hacer todo el día grandes rasgos de pluma, en lo que solo encontraba una mediana diversion, cuando un día en que había admirado largo tiempo en el museo de Lila el sublime Cristo de Van-Dick, se dijo firmemente que sería pintor, y nada mas que pintor, costara lo que quisiera. En Ducornet la fuerza perseverante y la energía del hombre moral compensan ampliamente lo que falta al hombre físico; así es que desde que tomó la heroica resolución de dedicarse al arte, de que al parecer le alejaba mas la naturaleza, no dudó un momento en su por venir; y para empezar sus estudios lineales, no hizo mas que figurar por el método de Callot, según sus monótonos cuadernos de escritura. Esto no era todo lo que querían Dumoncelle y su vanidad de calígrafo, y el profesor se quejó; ¡pero admiraremos la serie de casualidades con que la Providencia llena la vida de sus elegidos! Dumoncelle dió sus quejas de las faltas de escritura de su rebelde discípulo, precisamente á Watteau, entonces director de la escuela de dibujo de Lila. Watteau examinó atentamente aquellos rasgos, y el resultado de este exámen fué la admisión de Ducornet en la escuela. Diez y ocho meses después, César había conseguido todos los premios.

Algunos años mas tarde, el duque de Angulema pasó á Lila; nuestro héroe — se supone que hablo de Ducornet — que acababa de obtener la medalla de plata en la esposición de Donai, le regaló una bellísima copia de aquel Cristo de Van-Dick que le había despertado su vocación. El príncipe, sorprendido y encantado de encontrar un talento ya bien notable bajo un exterior tan extraño, propuso á César llevarsele á Paris. César lo rehusó, porque no quería separarse de su ciudad natal sin haber obtenido en ella el premio mayor. Su naciente

ambición se limitaba, como se vé, á resultados nobles y magnánimos. En el mismo año se cumplieron los votos del jóven pintor, y se puso en camino para París.

París, que merece verdaderamente tantos cánticos como sátiras; París, de que debíamos limitarnos á decir que se parece á una orgullosa beldad que tiene tantos vicios como virtudes, tantos caprichos como entusiasmos, tantas rarezas como pasiones, París acogió bien esta gloria naciente. Ducornet fué admitido en la Academia de bellas artes como discípulo de Gerard y Lethiers. Mereció y obtuvo, lo que es mas raro, una medalla de tercera clase; después una de segunda; luego una pension en la lista civil, y por último el encargo por M. de Labourdonnaye, ministro de lo interior, de un cuadro que consiguió todos los votos, y que figura en la actualidad en el museo de Lila, y es *S. Luis haciendo justicias bajo una encina*.

En 1829 fué admitido al concurso del gran premio de Roma, y obtuvo el *accessit*.

Su cuadro de concurso *Jacob rehusando entregar su hijo Benjamin*, fué espuesto en beneficio de los pobres, al mismo tiempo que otros muchos cuadros, en una galería que después se cerró.

Allí el lienzo de Ducornet dió lugar á una escena trágica entre un lord, entusiasta por las pinturas, y el guardian de la iglesia: lord B... miraba con admiración al patriarca y su familia, cuando el guardian, que entre paréntesis no tenía mas que un brazo, y al que le atraía siempre hacia este cuadro una rara simpatía, emprendió la narración de que se debía aquella obra á un pintor sin brazos. Lord B... á penas comprendió al principio; pero después que se enteró, miró al atrevido con flemático desden y volvió á su silencio admirador. El conserje, creyendo que se había explicado mal, contó de nuevo su historia. Esta vez se dignó contestarle el lord; pero fué por medio de una elocuente puñada. Sorprendido tanto como amilanado por este argumento *ad hominem*, quiso replicar el guardian con su único brazo; pero el lord era gran retórico, es decir, muy robusto, y se desembarazó del impertinente por una conclusion rápida y sustancial, y salió furioso. Aquella tarde contó su aventura el lord en la mesa del hotel de Principes, y algunas personas le afirmaron que era cierto, con cuyo motivo se reprodujo su furor, y en aquella misma noche abandonó el hotel. Conocía algunos artistas en París, y fué á verlos al día siguiente y les habló de Ducornet, y todos le repitieron lo mismo, ofreciéndole conducirle á su casa. El inglés se creyó entonces juguete de una vasta mistificación, y abandonó á París en el estado de desesperación mas lamentable.

Favoreciendo el sentimiento filial y de gratitud que Ducornet conserva á la ciudad de Lila, Luis Felipe le encargó en 1832 un retrato suyo para aquella ciudad. Pintando este cuadro fué cuando, incomodado por la ausencia de su padre, que siempre le acompaña, y no pudiendo alcanzar con el pié á lo alto del lienzo, asió violentamente el pincel con los dientes, y pintó de este modo por primera vez tan maravillosamente como lo había hecho con el pié.

Lo que caracteriza sobre todo el talento de este extraño artista, es la poesia, la animación, el pensamiento que domina en todas sus composiciones, y tambien la magnificencia del colorido que posee en sumo grado. Sus principales obras son: *los tratantes de esclavos*, en el museo de Arras; *el Tasso y Leonor*; *Fausto y Margarita*; *un episodio del sitio de Amberes*; *Enrique II en el castillo de Eu*; *Sidikamdan, ex-general aga de árabes en Argel*; *la Magdalena á los pies de Cristo*; *el interior de una iglesia*; *la muerte de Magdalena*; *Cristo en el sepulcro*; *el descanso de la Santa Familia en Egipto*; *San Dionisio predicando en las Galias*; *la vision de Sta. Filomena*; *el Credio*; *el general Negrier*, hecho después de muerto este, y ofrecido á los artilleros de Lila. En reconocimiento de este presente, los artilleros han encargado á Ducornet el retrato de Saint-Leger, su comandante, el cual acaba de concluirse. Me falta añadir un *et cetera* á este glorioso nomenclator, porque sería muy largo citarlo todo.

En la próxima esposición se admirará tal vez el cuadro que acaba en este momento nuestro pintor por encargo especial del ministro del interior: es *Gloria in altissimis Deo*.

Ahora que hemos contado los trabajos del pintor y bosquejado su historia, ¿no adivináis como yo el poder de la voluntad humana?... Ella ha hecho que este hombre que al venir al mundo parece que no tenía ningún elemento de existencia, haya llegado á crearse un porvenir, un talento, un nombre, una gloria! ¡Y esto, porque ha sabido querer como debe aprenderse á querer! ¿No es este el triunfo mas brillante de fuerza intelectual!...

Algunas palabras mas pintarán con mas exactitud á Ducornet: su estatura no tendrá probablemente mas que unos tres pies y medio; sobre un cuerpo de mediana fuerza, tiene una cabeza fuerte, pero hermosa; si debemos creer á la frenología, su organización es verdaderamente notable; su voz notablemente sonora, y su conversacion viva y espiritual, sembrada de agudezas y pensamientos felices.

Cuando un extranjero va á avisarle por primera vez, se imagina



enraza a su rara configuración que se hallará con algun espectáculo repugnante á la vista. Felizmente se desengaña desde el momento en que ve á Cesar con su pincel en un pie y la paleta en el otro. Su aspecto es verdaderamente pintoresco, y sabemos que muchas hermosas y de clases distinguidas vienen con frecuencia á verle y les agrada el conversar con él; en cuanto á mí, recibí siempre con verdadero placer y franca efusión en cambio de mi mano el pie de mi amigo.

Desde el nacimiento de Ducornet, no se ha separado su padre de su lado; sus dos existencias se han confundido realmente en una sola. Para no alterar la delicadeza de sus pies, el artista no debe andar, y su padre se ha encargado de llevarle siempre en brazos. Suple alegremente todo lo que puede faltar á su hijo. No es fácil ver al uno sin el otro; y el mayor disgusto de los dos ha sido la temporada del concurso para el gran premio de Roma, en que César tuvo que permanecer durante tres meses solo en una habitación. Para decirlo en una palabra, es la encarnación de la imagen de Víctor Hugo.

Una alma en dos cuerpos.

El retrato que presentamos está dibujado en la madera por el pie del mismo Ducornet.

## LA MONTAÑA MALDITA.

(TRADICION SUIZA.)

Aun no era llegada la estación de las nieves, pero se presentaba el otoño tan crudo como el mas riguroso invierno. Jamás se había visto en Suiza un tiempo tan nebuloso y frío en aquella época del año. Marchitas aparecían ya las herbosas faldas de sus magníficas cordilleras; oíase silbar incesantemente al ábrego en el fondo de sus románicas grutas, haciendo mugir en otras partes los espumosos torrentes, que debían convertir en breve los ricos cambiantes de sus argentadas ondas en enormes columnas de deslumbrante hielo; y se precipitaba ya por las laderas de sus montañas copiosa lluvia de reciente nieve, que á manera de vellón alfombraba el seno de muchos de sus mas fértiles valles. En las regiones elevadas reinaba completamente el invierno con todos sus horrores: en las de clima mas benigno, luchaba todavía la vegetación contra los anticipados ataques de su enemigo; pero se echaba de ver que la ruina de aquella iba á consumarse muy pronto. ¡Desgraciados los pobres que no han tenido tiempo de prepararse contra la brusca invasión de tan rígido y adelantado invierno! ¡Desgraciada la pobre Marta que aun no vé concluida la humilde casita de madera que levanta con sus sudores de sesenta años, para pasar en descanso sus últimos días!

Mas nada les importa á los ricos la estemporánea crudeza de la estación. Dígalosino Walter Muller, el opulento propietario de la Blümlisalp, que puede abrigar con las pieles de sus vacas y de sus ovejas toda la colosal montaña en cuyas faldas se asientan sus numerosos chalets (1). Dígalos Walter Muller, que guarda en sus graneros provision bastante para abastecer á un ejército durante un año de carestía, y que quema mas leña en sus cocinas y chimeneas en un solo día, que la que ha menester Marta para construir diez casas, tres veces mayores que aquella que logra ver comenzada á los sesenta años de su edad, con los ahorros reunidos durante tan largo período de su laboriosa vida. Y sin embargo, Marta, la pobre anciana que aun no tiene techo bajo el cual abrigarse; Marta, la que ha pasado veinte años sirviendo asalariada en las queseras ajenas, y que achacosa y casi ciega no puede ya trabajar para ganar el pan en los días de su vejez, Marta es la madre de Walter Muller, y Walter Muller es el hijo único de Marta. ¡Hijo de su dolor, nacido entre sus lágrimas, criado con su leche, robustecido á precio de sus sudores! Marta espió con quince años de penosos sacrificios, impuestos por el afecto maternal, la falta de haber querido con demasia á un pérfido y traidor amante, y está espiando todavía, despues de otros veinte años de abandono y de miseria, la falta de amar con delirio al ingrato hijo de aquel ingrato amante.

Pero la fortuna parece mirar con decidida predilección al desnaturalizado Walter. Esos veinte años que han pasado desde que dejó el lado de su madre, le han bastado para hacerse riquísimo. No hay, entre todos los ganados de aquella comarca, ningunos tan hermosos como los que apacientan sus pastores en las faldas de la Blümlisalp; así como no se encuentra en toda Suiza montaña mas fértil y florida que aquella en cuyas magníficas laderas tienen sus envidiados pastos las numerosas reses de Walter Muller. En medio de los rigores de un invernal otoño, la Blümlisalp se conserva verde y lozana, ostentándose digna del poético nombre que lleva hasta en nuestros días (2). Pero Marta no osa llegar á la Blümlisalp, temerosa de desagradar á su

hijo, y se contenta con levantar su casita en las cercanías de la florida montaña, y en contemplar á distancia sus laderas riquísimas, cubiertas por los ganados y rebaños del opulento propietario. Desde que Walter dejó á su madre para entrar al servicio de un ganadero del país, pocas veces han vuelto á verse de cerca. Marta había consumido su modesto patrimonio en la crianza y educación de aquel hijo, y cuando tuvo este quince años, y vió á Marta arruinada y escasa de salud, quiso buscarse por sí mismo medios de subsistencia, y aconsejó á su madre que imitando su ejemplo, se proporcionara trabajo en las queseras de sus vecinos. Marta lo hizo así para no ser gravosa á su hijo, y llena de gozo al saber, poco tiempo despues, la creciente prosperidad de aquel, sufría con paciencia todos sus propios trabajos y el disgusto de no ver sino muy de tarde en tarde al único objeto de su exaltado cariño. A medida que se acrecentaba la riqueza de Walter, se aumentaba tambien el frío desapego con que miraba á Marta, y llegó á ser tan evidente para la pobre mujer el desabrimiento con que era recibida, que escaseó mas sus visitas á Blümlisalp, y últimamente se fué á servir á un ganadero que moraba á seis leguas de distancia, queriendo á toda costa complacer al ingrato á quien su vecindad desagradaba. Diez años despues, cuando ya era Walter Muller el primer propietario de la comarca, volvió Marta á aproximarse á la Blümlisalp, con la intencion, como hemos dicho antes, de construirse una casita con sus pequeños ahorros, y pasar sus últimos años cerca, ya que no al lado, de aquel tan amado como desagradecido hijo. Supo Walter la llegada de Marta, mas parecia olvidarse hasta de haberla conocido, y tan áspero fué el recibimiento que la hizo cuando volvió á verla despues de veinte años de no vivir á su lado, y diez de separación absoluta, que la infortunada, vieja, llena de timidez y de dolor, no se atrevió desde entónces á presentarse á su vista.

¿Era, por ventura, la avaricia la que inspiraba á Walter tan inconcebible conducta con la mujer á quien debía la existencia? ¿Temía acrecentar sus gastos llevando á su madre junto á sí para hacerla partícipe de su opulencia? No por cierto; ni aun esta villana excusa podemos encontrarle. Tan liberal como rico es el ganadero de la Blümlisalp. Aunque no ama á nadie, ni ha conocido jamás el íntimo placer de aliviar las desventuras ajenas, gusta Walter de mostrarse espléndido, cuando se le presentan ocasiones en que ostentar su lujo y proporcionar recreos. Si convida á comer á los propietarios de las cercanías, los hace salir de su casa asombrados de la prodigalidad de su mesa: si obsequia con un baile campestre á las muchachas bonitas del contorno, las deja largos recuerdos de aquellas deliciosas fiestas en las que siempre se acredita de galán y rumboso: si lo escogen dos amantes para padrino de su boda, acuden presurosos las gentes de veinte leguas á la redonda, porque se ha hecho proverbial la generosidad de Walter en semejantes casos. En fin, tan grande y hasta extravagante es su desprendimiento ostentoso, que ha llegado á hacer objeto de envidia, para los pobres de su vecindad, la suerte de una hermosa terrera blanca que tiene en su ganado, y á la que ha mandado construir un establo tan estenso y tan rico que merece de los pastores el nombre de palacio. En él se aposenta, como único dueño, el gallardo animal, por quien manifiesta el ganadero predilección decidida; de él la sacan á pacer con respetuosos cuidados tres hombres dedicados exclusivamente á su servicio; y en él la visita Walter todos los días, haciéndola cubrir con vistosas mantas de lana cuando el tiempo es frío y destemplado.

Jamás se le ha ocurrido pensar en su madre, sin hogar en el mundo, en alguna de las muchas veces que vé á su ternera blanca tan magnificente alojada; jamás al preparar los abrigos de la bestia favorita se le ha venido á la mente la miseria y abandono en que se encuentra aquella que lo abrigó en su regazo cuando era niño.

Increíble se hace semejante indiferencia en el corazón de un hijo, y por lo mismo nos empeñamos en buscarle, aunque infructuosamente, algun linaje de disculpa. ¿Será que la pobre anciana, agriada por el infortunio, se haya vuelto regañona y arisca hasta el punto de fatigar á su impaciente hijo? No; porque cuantos la conocen ponderan la blandura de su condicion, y los buenos modales que la distinguen entre la gente de su clase. ¿Será que los vicios de Walter le hacen temer un freno en la virtud de su madre? ¡Ay! el gran pecado de aquella infeliz muger no es otro que su excesiva indulgencia con el hijo que adora. ¿Será que se avergüenza este de deber la vida á una flaqueza de Marta, y que la castiga por una falta de que ha sido fruto él mismo? Por terrible que nos parezca esta hipótesis es la única en que podemos fijarnos con alguna apariencia de verosimilitud, aunque haya sido Marta tan excelente madre y haya espiado con tantos sufrimientos la culpa de su juventud, que se hagan inescusables semejantes sentimientos en el corazón de su hijo. Cualquiera, empero, que sea la causa, no cabe duda en que Walter mira casi con ojeriza á la infortunada vieja, y en el inclemente otoño, de que hemos hablado, se cuida mas de su ternera blanca que de la desvalida madre que no tiene techo bajo el cual guarecerse.

(1) Chalet es el nombre que se da en Suiza, como en otra novelita hemos dicho, á unas casas de madera en que se aposentan pastores y ganados durante el mal tiempo.

(2) Blümlisalp significa montaña florida ó floreciente.



—Habitó, decía jactanciosamente el propietario de la Blümlisalp, en la mas fértil montaña de todo el canton de Thun, y tengo en mi ganado la mas hermosa res que ha padido jamás en sus opulentas faldas.

—El cielo os ha favorecido singularmente, le respondió un día su vecino Nicolás Heber, porque tambien os ha dado la madre mas buena que existe en el mundo.

Walter se desentendió, y mas nunca desde entonces volvió á convidar á Nicolás á sus veladas y festines.

Marta, sin embargo, no se quejaba á nadie de la dureza de su hijo, y hasta se empeñaba en alucinar á todos para persuadirlos de que era aquella una apariencia engañosa. —Mi Walter, solía decir, es algo raro: cualquiera creeria que no me amaba, observando su comportamiento, mas yo tengo pruebas incontestables de su secreta ternura. Cuando solo contaba ocho años mi adorado niño, fui postrada en cama por una larga y penosa enfermedad, y él se pasaba los días llorando á mi cabecera: verdad es que desde entonces di muestras de la singularidad de su índole, pues tratando una vez de consolarlo asegurándole que no padecía, que me encontraba mejor, me dijo con desenfado: —¿Acaso lloro por eso, ó porque desde que no trabajais no tengo merienda que ofrecer á mis amigos? —Y era, añadía la cándida vieja, que le daba vergüenza confesar su ternura, pues siempre ha sido muy reservado en este punto. En otra ocasion di una grancaida bajando de un granero, y todo el día se estuvo dando alaridos el pobrecito sin querer alimentarse. Siempre que referia Marta este segundo rasgo del cariño filial de Walter Muller, se olvidaba de advertir que habia ocurrido aquel suceso en el mismo día en que se celebraba una gran fiesta en cierto lugaron cercano, y que á causa de su caída el chico se habia visto privado de asistir á ella como se le tenia ofrecido.

Algunas comadres solian preguntarle, maliciosamente, por qué tenia el capricho de no querer vivir con un hijo tan excelente como pintaba al suyo.

—¿Qué quereis? respondia Marta: por mucho que se quieran dos personas, no siempre congenian lo bastante para asociarse eternamente. No me agrada habitar entre tanta gente como cerca á mi hijo de continuo, y él por su parte se ha acostumbrado á no tener mujeres en su casa: ya veis que con treinta y cinco años no se ha casado todavía.

Si llevando mas lejos la curiosidad, ó la barbarie, le preguntaban en seguida á cuánto ascendia la pension que le tenia señalada su opulento hijo para que pasase con comodidad y sosiego su achacosa vejez, contestaba con prontitud que le era tan antiguo el hábito de una vida laboriosa; que no se hallaba bien sin trabajar en cuanto sus fuerzas le permitian. Tengo lo necesario, añadía, y no he menester que Walter se prive de nada para dármele á mi: bien sé que puedo disponer de cuantas riquezas le ha dispensado la providencia; pero soy mas dichosa viviendo como estoy acostumbrada, que si pasase colmada de sus cosas una vejez ociosa, sintiéndome agil todavía.

Así se expresaba por lo comun la desgraciada madre, mas sufría mucho en su interior por el desprecio de su hijo, y se quejaba amargamente al cielo cuando podia hacerlo sin testigos. —¿Qué le he hecho, Dios mio, exclamaba, para que así me aborrezca? ¿No lo crié á mis pechos, pagando esta dicha á precio de mi honra, y del cariño de mis parientes? ¿No he trabajado quince años para que nada le faltase? En el instante mismo en que exhalaba su dolor estas justísimas quejas, se le ocurría á Marta que estaba escitando con ellas la indignacion de Dios contra su hijo, y solía interrumpirse bruscamente poniéndose de rodillas y achacándose á sí misma toda la culpabilidad de Walter. —Yo lo he echado á perder, bendito Dios, prorrumpla sollozando: yo soy la única persona criminal y digna de castigo. He sido una madre débil, y obras con toda equidad al imponerme por pena de mi pecado el desamor de mi hijo. No le tomeis cuenta de él, Dios mio, porque no hace mas que ser instrumento de vuestra divina justicia.

Toda aquella conformidad y abnegación de Marta no la preservaban, empero, de vivas inquietudes y pesares, al ver la crudeza del tiempo y que su casita estaba muy lejos todavía de encontrarse habitable. ¿Por qué no recurrir á mi hijo? se dijo últimamente á sí misma: acaso ignora que me hallo sin asilo; que pasó estas frías noches guardada por caridad de los pastores en algun establo de vacas. ¿He de contentarme siempre con andar acechando su casa, como si fuera un ladrón, para verle de lejos cuando sale á cazar con su rico traje verde, con el que está tan hermoso? No por cierto: iré á abrazarlo con la confianza que debe tener una madre en la casa de su hijo. Tal vez provino la frialdad con que me recibió cuando estuve á verle, hace dos meses, del enojo que le causaria el que me presentase tan uraña y tan encogida: hasta los criados se reian de aquella mi necia turbacion, que me daria sin duda el aspecto de una estúpida. Pues no: lo que es ahora iré con franqueza, con serenidad; diré en alta voz: ¡soy su madre!, y entraré sin esperar permiso, y me arrojaré á sus brazos, y le cubriré de besos, y le anunciaré que voy á vivir á su lado hasta que se concluya mi casita. —Venid en buen hora, me dirá: ¿qué otra contestacion puede darme? No es mi ánimo abusar de su bondad; se lo haré entender:

no pienso alterar por mucho tiempo con mi presencia sus hábitos de solteron. Nos volveremos á separar tan pronto como yo tenga mi asilo, pero le confesaré que he gastado en construirlo todos mis ahorrillos, y me dará algo con que ir pasando. Nunca me he atrevido á decirle que estoy muy pobre, y que ya no puedo trabajar á causa del deterioro de mi salud y de la corteidad de mi vista. Esta vez le hablaré muy claro; se lo diré todo, y no será tan desnaturalizado como muchos lo creen: ¡qué dicha la mia si logro ver confundidos á todos los que censuran á mi hijo! si puedo decir en alta voz: ¡Walter Muller es un hombre de bien á carta acabada, y su madre tiene á orgullo el haberle dado la existencia!

Alentada con tales proyectos y esperanzas, se decidió Marta á visitar al ganadero, y escogió para verificarlo el día 26 de octubre, en que cumplian treinta y cinco años del nacimiento de aquel. Tambien el amor maternal tiene sus coqueterias, así es que la buena mujer pasó toda una semana preparando sus atavios para aquella solemne y suspirada entrevista. Arregló lo mejor que pudo la saya de bayeta verde y el corpiño de pana que habia estrenado en el bautizo de su hijo, y que guardaba desde entonces como una preciosa reliquia.

—No hay para qué avergonzarse, decía, presentándose á él como andrajosa mendiga. Debo ir ataviada cual lo estuve el día mas feliz de mi vida: el día en que lo llevé en mis brazos al templo del Señor, para que recibiera la gracia del bautismo.

Llegado el 26 de octubre se hizo peinar Marta por una de las mas hábiles muchachas de aquellos contornos: colocó sobre sus cabellos grises, alisados y entretegidos con cintas de estambre, una gran cofia blanca con abultados follages; vistió su traje verde de corpiño negro; se calzó sus fuertes zapatos; tomó su baston de viage con regaton de hierro, y emprendió su marcha á la mitad del día, despues de encomendarse á los santos de su particular devoción, y muy especialmente á la bienaventurada Virgen.

Se proponia llegar á la casa de Walter en la misma hora que lo habia echado al mundo treinta y cinco años antes; mas hubo de apresurar sus pasos al observar que el día, que amaneciera sereno, se iba anublado á toda prisa, comenzando á soplar un viento recio y frio que hacia en extremo desagradable y fatigante la ascension de la montaña.

Walter, mientras tanto reposaba de las gratas fatigas de la noche anterior, en que habia solemnizado con baile y opipara cena la víspera de su cumpleaños. Eran mas de las dos de la tarde cuando dejó por fin sus mullidos colchones, y viendo lo desapacible del tiempo, y que caia menuda, pero incesante lluvia, mandó encender sus chimeneas y que le sirviesen la comida; pues desistia de su primera intencion, que era celebrarla con sus pastores en los bosquesillos que bordan todavía las amenas orillas del lago Oeschi. Por merced extraordinaria, y en gracia de la festividad del día, admitió á su mesa el altivo propietario á sus criados favoritos, y duró dos horas el banquete con que le plugo refo-ciliarlos.

¡Viva Walter! ¡viva el generoso ganadero de la hermosa Blümlisalp! gritaban los pastores al levantarse medio borrachos de la mesa; y el amo, que apenas habia probado los añejos vinos, ni los variados manjares, fastidiado ya de su propia opulencia, fué á tenderse hostezando en un ancho sillón cerca del fuego, mientras sus servidores lo encomiaban á porfía, tambaleándose unos, tiesos otros como postes, para dar prueba de que no les hacia efecto la calidad y cantidad de las recientes libaciones.

La lluvia continuaba y el viento iba arreciando por momentos. —¡Qué agradable es, dijo el ganadero, oír caer el agua y silbar al viento, estando al abrigo de un robusto techo, y al calor confortante de una buena chimenea!

—¡Pero qué desagradable debe ser semejante tiempo, respondió el pastor Franz que se habia acurrucado á sus pies, para los que no tienen ni techo ni fuego!

—¡Quita allá con tus reflexiones, borrachón! exclamó Walter: nunca falta techo y hogar al hombre trabajador, y los holgazanes no merecen que se haga mención de ellos.

En aquel instante entró otro pastor á quien prestaban atrevimiento los vapores del vino. —Señor, dijo con lengua estropajosa, ahí fuera está una vieja que quiere hablaros.

—¿Qué diablo se le ofrece? preguntó el ganadero acomodándose mejor en su gran sillón.

—Dice que es vuestra madre, replicó el beodo: querrá echar un trago á vuestra salud, y por San Beat que bien lo ha menester, pues está tiritando de frio.

El propietario de Blümlisalp se removió de nuevo en su sitial, como si le picasen chinchies, y dijo luego con desabrido tono: —¡Pues bien! llevadla vosotros á la cocina y que se caliente y se refocile como mejor le parezca.

Obediente á esta orden el anunciador de Marta, tomaba sus medidas para atinar á salir tropezando lo menos posible, cuando sin aguardar contestacion se presentó la vieja en aquella estancia, empapado



sus vestidos, pálido su semblante, temblando todos sus miembros.

—Señora! exclamó Walter: ¿qué venís á hacer aquí con un tiempo como este?

—Muy crudo es en verdad, contestó Marta con desfallecida voz; pero hoy cumples treinta y cinco años, hijo mío, y la que te dió á luz en esta misma hora no debía dejarla pasar sin bendecirte y felicitarte.

—Era escusado ese trabajo, replicó el ganadero sin ponerse en pié ni ofrecer silla á su madre: pero ya que os lo habeis tomado, id con mis pastores á tomar algun refrigerio.

—Me siento bastante fuerte, dijo la anciana dando diénte con diénte y pudiendo apenas sostenerse: descanso y me vigorizo con solo verte, mi querido Walter, y es la única gracia que te pido, que me dejes estar á tu lado algunos minutos solamente.

El ganadero hizo un mohín de fastidio, pero mandó que acercasen silla á la chimenea, y espresó con una seña que permitía á la anciana el ocuparla. Tiempo era ya, pues la pobre mujer iba á caer en tierra, sucumbiendo al frío, á la fatiga y á la emoción de su alma en aquellos momentos.

—Ha sido locura impropia de vuestra edad, dijo ásperamente Muller, subir la montaña en un día tan malo: si algo necesitábais pudisteis decírselo á vuestra compadre Heber, que me vé con frecuencia.

—Lo que necesitaba sobre todo, era verte y oírte, hijo mío, reposo con timidez y turbación la desgraciada madre.

—¿Y qué pensais hacer ahora? exclamó el ganadero: ¿cómo regresaréis á vuestra casa con un tiempo tan atroz? —No tengo casa, dijo balbuciente la anciana. Esperaba que me harías la merced de recibirme en la tuya hasta que... —Walter no la dejó acabar la comenzada frase. —¡Imposible! exclamó: no puedo alojaros, madre, y es inútil hablar mas de eso. Os daré algun dinero para que os proporcionéis asilo, pero debeis aprovechar la poca luz que resta para volveros al valle.

El dolor que causó á Marta aquella inaudita dureza, la prestó momentánea energía, y con voz mas firme que hasta entonces, pronunció estas palabras. —¿Me arrojarás de tu hogar, á mi, á tu madre, en el mismo día, á la misma hora en que tuve la desgracia de echarte al mundo para modelo de ingratitud y de barbarie? ¿Walter! ¿es cierto que me echas de tu casa á perecer helada delante de tus puertas?

—¡Vive Dios! gritó enfurecido el ganadero. No en vano me he enojado con tan intempestiva visita. ¿Reconvenciones ahora?... ¿cuál es la ingratitud que me echais en cara? ¿qué es lo que os debo? Si me arrojásteis al mundo no fué ciertamente por hacerme bien, sino porque era fortuita consecuencia de haberos vos divertido; y cuando á fuerza de trabajos he logrado cubrir con mis riquezas el oprobio de mi nacimiento, venís á recordármelo con impudencia, y me acusais de ingratitud porque no me postro á vuestros extravagantes caprichos. ¡Acabemos, señora! si queréis vacas ó comestibles, haré se os lleven al paraje que indiquéis; pero dejadme tranquilo y terminemos al punto esta desagradable entrevista.

—¡Crue! ¡crue! prorrumpió la anciana con indescribible acento: márame y no me hables así. ¿Quieres enfrentarme delante de tus criados?... ¡Oh! ¡eso es horrible, Walter! ¡eso es odioso!

—¡Retiraos, pues! dijo con ademán imperioso el inhumano hijo.

—¡Walter! tornó á exclamar Marta: ¡tienes el corazón de un tigre! sin duda he cometido imperdonable delito al dar existencia á un monstruo como tú.

—¡Marchaos! volvió á gritar Muller con gesto amenazador: no me obliguéis á trataros como no quisiera. ¡Marchaos pronto, señora, y no volvais jamás á ponerlos en mi presencia!

Quiso obedecer la anciana, mas no se lo permitieron sus fuerzas, y perdiendo la dignidad que por un momento le prestaran la indignación y el dolor, se abatió completamente hasta recurrir á la mas humilde súplica.

—¡No me arrojes de tu casa, hijo mío! dijo juntando sus manos. Mira, ¡ya es de noche! ¡está lloviendo... hace frío! ¡no me arrojes de tu casa á semejaute hora, con este crudo tiempo! ¡ten compasión de tu madre! Perdóname si te he ofendido: yo te amo, Walter, como á las niñas de mis ojos... tú eres lo único que amo en este mundo: no seas implacable conmigo. Recuerda que te has abrigado en mis entrañas; que te has criado á mis pechos, y que he trabajado quince años para que nada te faltase. Si ahora soy un ser inútil, una vieja impertinente, ten indulgencia y perdóname.

—Os he dicho que me dejéis tranquilo! ¡Vive Dios! exclamó el ganadero dando un fuerte puñetazo en la chimenea, y causando tal susto á la pobre vieja, que se echaron á reír los pastores borrachos, dignos testigos de aquella repugnante escena. Marta, empero, no recobró con todo esto su cólera y su energía, y continuó implorando inútilmente la piedad de su hijo.

—Me iré muy lejos apenas sea de día: me iré, Walter, te lo prometo, repetía la infeliz. Solo te pido que me dejes pasar la noche de-

bajo de tu techo, aunque no sea mas que por ser aniversario de la primera que tú pasaste en mis brazos. Si no quieres verme me ocultaré de tu vista. ¿No tienes en un hermoso establo á tu ternera blanca? Pues bien, yo me iré con ella: dormiré á su lado, y te la cuidaré, hijo mío. Ya sé que es un gallardo animal que te merece cariño. Me alojaré en su establo con mucho gusto.

—¡Pues no es nada lo que pedis! dijo Walter con una carcajada que repitieron en coro los pastores. ¡El establo de mi ternera blanca! Tened entendido que ese establo es un palacio, según lo llaman en el país, y que reina en él, con propiedad absoluta y esclusiva, mi hermosísima ternera. Nadie entra allí, señora; nadie sino yo y los servidores de mi favorita: así pues, cesad de molestarme y emprended vuestro camino, antes que arrecie la tempestad y se haga mas oscura la noche.

Un silencio de algunos minutos sucedió á estas palabras; aun se reían los borrachos, pero aquel rumor quedaba apagado entre los silbos del viento que aumentaba por instantes su espantosa violencia: de repente se pone en pie la anciana, cuya estatura parece haber crecido según le presta magestad la espresion extraordinaria é imponente que adquiere de improviso toda su persona. A la rojiza luz que levantan en aquel momento los leños de la chimenea, se ilumina con reflejos siniestros aquella cara descarnada y amarilla; aquellos cabellos grises, que escapándose de la cofia se estienden empapados por las hundidas mejillas y la arrugada garganta; y se ven centellear bajo dos cejas contraidas por la indignación los negros ojos de aquella mujer ultrajada y escarnecida, que se ha enderezado al fin vigorosa y terrible, con toda la energía de la desesperación; con toda la potestad sagrada de la maternidad. Tiende sobre la cabeza del desnaturalizado Walter sus brazos luengos y flacos, y con voz tan entera y robusta que domina los bramidos de la tormenta: *Maldito seas!* pronuncia lentamente. *Malditas tus riquezas y la montaña que habitas.*

No dice mas: nadie osa responderle: todo queda sumido en pavoroso silencio; y ella sale de aquella inhospitalaria casa sin echar una mirada al hijo perverso á quien acaba de entregar á la venganza divina.

La noche era profunda: la llovizna incesante; el viento penetrante y frío: Marta comienza, sin embargo, á bajar la montaña con paso firme, y á medida que va descendiendo, aquellas amenas laderas, tan celebradas por su fertilidad y lozanía, se van cubriendo de un manto de nieve, que las envuelve como el blanco sudario de un cadáver. Cuando los pies de la vieja se asientan en el último recuesto, un estrépito horróso arranca de su tranquilo sueño á todos los moradores del valle, y las montañas vecinas de la Blümlisalp devuelven en prolongados y pavorosos ecos aquel fracaso terrible.

Al día siguiente multitud de gente, venida de todas las inmediaciones, contemplaba con asombro y dolor un espectáculo extraordinario. La Montaña florida se había convertido en horrible monumento de esterilidad y ruina. Sus abundantes pastos desaparecieron bajo las espesas capas de hielo y de los enormes trozos de piedra desprendidos con estruendo de las rocas que la dominan por el lado del norte. Bajo aquellos fragmentos yacían sepultados tambien Walter Muller, sus casas, sus pastores y sus rebaños. ¡La destrucción había sido completa!

Al pie de la montaña se encontró el cadáver de la pobre Marta, y la tradición asegura que un ángel del Señor lo estuvo custodiando hasta que se le dió, por los habitantes del valle, digna y bendecida sepultura.

Mas en valde esperaron aquellas buenas gentes un año y otro año, un lustro y otro lustro que volviere á cubrirse de sus espléndidas galas la hermosa Blümlisalp. Jamás desde entonces se han derretido sus perdurables nieves; jamás yerba alguna se ha visto florecer en sus escombradas laderas; jamás han vuelto á trepar por ellas pastores ni ganados; y los caminantes del país á quienes sorprende la noche por aquellas certanías, se santiguan compungidos y apartan la vista con terror de la montaña maldita. Sin embargo, todavía la designan los guías de Suiza con el bello nombre que antiguamente mereció, y del cual se pasman los viajeros cuando contemplan aquel coloso escueto y pedregoso, de cuyos eternos hielos se desatan incesantemente, precipitándose por ásperas vertientes, atronadoras cataratas. ¡Tal es el aspecto que presenta en nuestros días la montaña florida, la célebre Blümlisalp!

G. G. DE AVELLANEDA.

## LA SIGEA, NOVELA ORIGINAL.

### CAPITULO VIII.

#### Todavía las bodas de la infanta doña María.

No bien había llegado Luisa Sigea á su habitación llevando en sus manos el perdon de Luis de Camoens, cuando le dieron la orden de pasar al cuarto de la infanta doña María.



Hallola pálida y abatida. Su tono, bien diferente del que había empleado la víspera para despedir á la Sigea; tenía algo de doliente y de humilde.

Hizola señal de que se sentara, y apoyó la cabeza sobre la mano, como si quisiera reflexionar alguna cosa que temia decir. Por dos veces se movieron sus labios para articular una palabra, y por dos veces quedaron inmóviles; por último hizo un esfuerzo y dijo:

— ¿La persona á quien yo he denunciado está moribunda, no es verdad?

— ¡Señora! exclamó Luisa espantada; ¿qué dice V. A.?

— Sí, al fin le denuncié, Luisa. Anoche escribí al inquisidor; esta mañana envié el oficio... estaba inquieta sin saber por qué; sentía como remordimientos... bajé al jardín para respirar el aire fresco, y... ¡Virgen Santa!... ¡el suelo estaba regado de sangre!... Llamo á los guardias... pregunto... era la sangre de un noble caballero asesinado tras de la verja...

— ¿Pero ese caballero?...

— Don Mariano Enriquez.

— ¡Dios mío!

— ¡Ay! al saber esto corrí desalentada á encerrarme en mi gabinete, y he estado como loca hasta que me resolví á llamarte. Es preciso, Luisa, vengar á ese desgraciado. Es preciso pedir al rey el castigo del asesino. Yo que he tenido valor para denunciar á un buen caballero; yo que por un escrúpulo de la conciencia exigente lo he espuesto á ser quemado vivo, yo no debo tener piedad contra su asesino, y quiero que se le castigue, y que tú misma vayas á pedir justicia al rey: justicia para un compatriota, para un español.

— ¡Señora! respondió Luisa con voz sombría. Lo que ordena vuestra alteza es imposible de conseguir: yo no puedo pedir el castigo del agresor...

— ¡Luisa!

— Porque el agresor es Luis de Camoens, y acabo de alcanzar su perdón.

— ¿Y eres tú, mujer cruel, la que dijiste amar al español? exclamó la infanta mirando con sorpresa y con indignación á su maestra.

— Yo, señora, la que le amo.

— Sí, continuó doña María con una amarga sonrisa; el amor de la filósofa, de la sabia... está herido, está moribundo, y corres á los pies del rey á pedirle el perdón de su asesino porque es un poeta. ¡Miseria vanidad de la gloria que sobreponéis á la justicia! Está bien, perdón el rey al asesino; yo apelo al tribunal de Dios.

— Señora, me juzgais sin oírme. Yo ignoraba quién fuese el herido por la mano de Camoens, y pedí al rey su perdón porque me lo rogó una dama, y porque Luis de Camoens necesita la vida y la libertad para gloria de vuestro reino...

— Pero ya que sabes que él es culpable...

— Iré también á llevarle el perdón. Señora: mi mano, rebelde para escribir la denuncia de un español, es dócil para transmitir el perdón de un portugués.

Yo no obedezco á los príncipes cuando estos quieren perder á un inocente; pero sirvo á los reyes cuando quieren salvar á un culpado. No quise hacer daño al que amaba; pero quiero hacer bien al que me ha hecho daño.

Dichas estas palabras con la noble firmeza de la virtud, Luisa Sigea esperó á que la infanta la despidiese para ir á llevar el perdón á Camoens; pero la infanta, con los ojos bajos y entregada á una meditación profunda, parecía haberse olvidado de esta ceremonia.

Un largo espacio estuvo Luisa de pie, hasta que doña María pudo acordarse de que esperaba sus órdenes, y entonces movió la cabeza para despedirla, y se halló frente á frente con el infante cardenal que estaba detenido á la puerta del gabinete.

Salió Luisa, y doña María recibió á su hermano con una sonrisa glacial.

— El obispo de Agda, dijo el infante cardenal, vendrá dentro de media hora por vuestra respuesta.

— ¿Para qué, D. Enrique? ¿No es el rey el que ha formado estas bodas? O mejor dicho, ¿no es el embajador el que las ha ordenado?

— Pero el sí debeis darle vos, hermana mía. El embajador debe saber que vuestro enlace es voluntario.

— ¡Hipócrita política, hermano mío! no solo se dispone de la mano de los príncipes, sino que se les obliga á que mientan. ¡Preferible es la hoguera del Santo Oficio, porque al fin allí la víctima puede morir diciendo la verdad: yo tengo que vivir diciendo la mentira!

— ¿Quién sabe, hermana mía, si amareis á D. Felipe?

— Nunca; he visto su retrato. Su perfil me asusta.

— ¡Es posible!...

— Hay algo de siniestro en la mirada de mi primo. Aun en la corte altera su fisonomía. ¿Qué será en el original?

— Espero, doña María, que vuestra preocupación se desvanezca cuando le conozcáis.

— Espero, D. Enrique, de la protección de Dios, que no ha de llegar la hora de conocerle.

— ¿Osareis rehusar?...

— Yo no rehuso nada; seré como siempre, dócil: pero vereis como mis bodas se desbaratan.

— Hoy aceptais y mañana partimos.

— ¡Mucho confiais en mi desgracia!

— ¡Mucho teméis de la fortuna!

— ¡Fortuna será que quede libre!

— ¡Desgracia será que no os salden reina!

— ¡Corona de martirio!

— ¡Corona de gloria!

— ¿Sois ambicioso, hermano mío?

— Me predijo una hechicera que sería rey, hermana mía, y mandó quemar á la hechicera.

— ¿Porque no se había cumplido su augurio?

— Porque no se cumpliera.

— ¿Pues cómo queréis que sea yo reina, temiendo los vos?

— Porque seriais una buena reina en España y yo un mal rey en Portugal.

— Lisongero estais á fé mía.

— Os hablo ingenuamente; es muy difícil ser sucesor de D. Manuel el Grande: su memoria hace á D. Juan pequeño.

— Mas difícil es aún llevar con magestad una corona donde asombró al mundo con la suya doña Isabel la Católica.

— Sí, es verdad: doña Isabel fué muy grande. A ella se debe la institución de nuestro Santo Tribunal.

— ¡Ay! ¡ojalá que entre tantos gloriosos hechos como tuvo su reinado, no contáramos ese...

— ¡Justo Dios! ¿qué oigo, doña María? ¿vos pensais así? ¿me engañan mis oídos?

— ¡Horribles hogueras donde se abrasan las criaturas!...

— ¡Silencio, silencio! ¿criaturas llamais á los hereges?

— Yo os he visto llorar, hermano mío, cuando se ha verificado un auto de fé en que se quemaba á los hereges.

— ¡Oh! porque yo tampoco soy perfecto, hermana mía: porque yo también soy débil algunas veces.

— Porque sois bueno; porque os horroriza como á mi aquel ruido que hacen las llamas al devorar las carnes de los infelices; porque os despedaza las entrañas ver sus gestos cuando el fuego quema sus tuétanos...

— Basta, basta: no me recordeis esas escenas. Son precisas, son justas, son para gloria de Dios; pero no las recordemos...

— Sí, es preciso recordarlas; porque puede haber algun inocente á quien vos logreis salvar. ¿Qué ha sido, hermano mío, de mi denuncia contra el español?

— El tribunal os ha declarado buena católica.

— Gracias, D. Enrique... ¿pero á él?...

— Era ya necesaria una prueba de estas para rehabilitaros: para que el embajador de España quedase satisfecho del celo con que los príncipes portugueses ayudan al Santo Tribunal. Cortesanos imprudentes habían comprometido vuestro nombre haciéndoos aparecer protectora de un idólatra.

— ¿Y han absuelto?...

— De un idólatra digno del mas severo castigo...

— ¿Qué he hecho! exclamó la infanta cruzando las manos.

— Vuestro deber.

— ¿Y le condenareis?

— El infante cardenal guardó silencio; pero harta respuesta era el ceño que anubló su semblante.

— ¿Le condenareis? repitió la infanta con voz trémula. ¡Ah, si así fuese, D. Enrique, tendría derecho para execrar al tribunal, porque él es inocente!

Una sombra todavía mas oscura cubrió el rostro del infante cardenal; miró fija y severamente á su hermana un largo espacio, y luego la dijo con una voz que por la primera vez no parecia armoniosa y blanda como lo era, si no destemplada y dura.

— Vuestra razon estraviada os está haciendo proferir tan grandes desatinos, que si vos que formais la palabra sin acuerdo del oído, os pudiérais á vos misma oír, os morderiais la lengua. Reponeos, doña María, y abandonad un asunto extraño, que debe seros indiferente, para ocuparos de lo que corresponde á una ilustre princesa. El embajador no puede ya tardar: que os halle serena.

Los labios de la infanta temblaron con una violenta sonrisa, y una palidez siniestra cubrió sus mejillas.

— Don Enrique, no temais que falte á mi deber, contestó con dignidad; pero decidme qué castigo preparais al reo.

— La hoguera, señora.



—Gracias, respondió la infanta haciendo todavía un esfuerzo para sonreír.

Oyóse en esto anunciar al obispo de Agda.

Entró el prelado: doña María se levantó y fué á tomar su mano,

pero faltó tierra á sus pies, luz á sus ojos, vida á su corazón, y cayó exánime.

(Continuará.)

CAROLINA CORONADO.



(Toledo.—Ruinas del Artificio de Juanelo.)

## DIGNIDADES ANTIGUAS DE CASTILLA Y LEON.

### ALCAIDES DE LOS DONCELES.

Aunque ya han desaparecido, al menos tales como antes se conocían, mucha parte de las antiguas dignidades seglares de Castilla y Leon, habiendo solo quedado como títulos de honor y distinción en las casas en donde en un principio radicaron; sin embargo, no es tan despreciable su recuerdo que no merezca un lugar preferente en la historia y en las columnas del SEMANARIO. Las altas funciones de estos dignatarios, los hechos de armas y otros notables acontecimientos que van unidos á sus nombres é ilustre descendencia, no dejan de llamar la atención, mucho mas habiéndose de épocas antiguas, donde todo es interesante y curioso.

Comenzaremos en este artículo nuestro trabajo por la dignidad de alcaide de los donceles, radicada hoy en la ilustrísima y gloriosa casa de Córdoba, y su actual poseedor en una de sus infinitas ramas el Excmo. Sr. duque de Medinaceli, como descendiente del primero que obtuvo aquel honor y señalada preeminencia.

La palabra *doncel*, derivada segun algunos de *dominus* ó *domicellus*, diminutivo de señor; y segun otros, y es lo mas probable, de *adolescens*, significa *joven* ó *mancebo*, y se aplicó desde el siglo XII, que es cuando comienza á sonar en nuestras historias, á ciertos jóvenes de casas ilustres que desde su tierna edad comenzaban á servir de pajes á los reyes, y despues, quedándose con ese nombre, los acompañaban en la guerra, lo cual hizo creer á Salazar de Mendoza, en su obra de las *Dignidades seglares de Castilla y Leon*, que los donceles no eran pajes de los reyes, y si gente de guerra, aunque criados en su palacio.

Ya en los tiempos de D. Enrique I, que sucedió de corta edad en la corona á su padre D. Alonso, se hace mención de los donceles que le acompañaban y asistían, y en cuya compañía murió desgraciadamente, jugando con ellos, por motivo de su corta edad. Así se es-

presa su crónica, y lo consigna Argote en su *Nobiliario de Andalucía*: «Jugando (D. Enrique) conforme á su edad con sus donceles, uno de ellos, del linage de Mendoza, tirando una tejuela á una torre, dió en el tejado de una casa, del cual cayó una teja que hirió en la cabeza al rey, de lo que dentro de diez dias murió.»

Los donceles ó pajes de los reyes fueron siempre personas ilustres y de las mejores casas de Castilla. En nuestras historias consta que lo fué de D. Enrique III, llamado el Doliente, el célebre D. Pedro Niño, conde de Buelna, de quien hay crónica escrita; D. Alvaro de Luna, gran privado de D. Juan II, que terminó sus dias en un cadalso, y el acreditado escritor mosen Diego Valera, fuéronlo tambien del mismo rey.

En esta misma época, el tener donceles á su servicio, considerados en cierto modo como pajes, no era privativo de los reyes; pues en el testamento del cardenal D. Gil de Albornoz, otorgado en Viterbo el 29 de setiembre de 1564, y que trae copiado Juan Ginés de Sepúlveda, hay una cláusula que dice así: «Item mando á cada uno de los donceles sesenta florines; á los otros oficiales y palafreneros míos y á los pajes de los oficiales, á cada uno treinta florines, etc., y á cada uno de los pajes de los garzones quince florines.»

Con motivo de crear D. Juan II á su primogénito D. Enrique príncipe de Jaén, y darle el señorío y jurisdicción completa de toda esa tierra en calidad de feudo y mayorazgo, por su grande importancia como fronteriza á los moros que por allí hacían sus invasiones, sobre lo cual se despacharon las provisiones necesarias en 20 de octubre de 1444, segun asegura el citado Argote, entraron en servicio del príncipe muchos jóvenes de la nobleza de Andalucía, entre los cuales se cuentan como mas notables, y como criados en su palacio y casa, D. Beltrán de la Cueva, que fué su gran privado despues que llegó aquel á ser rey; D. Miguel Lucas, condestable de Castilla; D. Juan de Valenzuela, gran prior de San Juan, y otros muchos que sería largo enumerar.

Ya que incidentalmente se ha tocado este punto, advertiremos á nuestros lectores que observen de paso que la singularidad de haber obtenido nuestros príncipes herederos en la corona el feudo y señorío





de Jaen y su territorio, á semejanza del de Asturias, que aun se conserva vinculado, es noticia poco conocida y rara, quizá por la razón del corto tiempo que duró esta investidura; pues en la sucesion siguiente ya no se hace mencion de semejante mayorazgo, que caducó sin duda por no haber tenido hijos Enrique IV, quien anteriormente habia disfrutado, antes de heredar la corona, tan honrosa preeminencia.

Sea de esto lo que quiera, y volviendo á nuestro principal asunto de los donceles, pasaremos ya á hablar de sus alcaides, como dignidad de Castilla.

Es verdaderamente notable que, mencionándose poco ó mucho en toda la sucesion de nuestros reyes desde D. Enrique I hasta D. Alonso XI las personas y calidad de los donceles de palacio, no se haga la mas minima mencion de sus alcaides, ni se encuentre en todo ese tiempo caballero alguno investido con semejante dignidad, lo que nos induce á creer que no la hubo hasta esa época, y que se instituyó con motivo de alguna hazaña gloriosa que realizase alguno de la familia de Córdoba, ya en el largo y notable sitio de Algeciras, ó en la célebre batalla del Salado; pues en ese linaje ha quedado desde entonces vinculada.

Nada se encuentra en nuestras leyes de partida relativo á esa dignidad, así como se trata en ellas estensa y menudamente de las de canceller, adelantado y merino.

El primer rastro que de ella se encuentra, dice el eruditísimo Salazar de Mendoza, es en el reinado de D. Alonso el XI, en cuya crónica se lee que dió ese título de *alcaide de los donceles*, con el cargo de capitanear á estos y de dirigirlos en la guerra, á Alonso Hernandez de Córdoba, señor de Cañete, sin que conste la ocasion ni el motivo de semejante creacion.

En esta época debia ser numeroso el cuerpo de los donceles, é importante el cargo de su alcaide, pues figuran bastante en las campañas de su tiempo. En la citada crónica de D. Alonso, cap. 283, tratándose del mencionado Alonso Hernandez de Córdoba, alcaide de los donceles, y de su joven, aunque selecta milicia, cuando estaba en el sitio de Algeciras, se lee lo siguiente: «Este alcaide y estos donceles eran homes que se habian criado desde muy pequeños en la

cámara del rey y en la de su merced, y eran homes bien acostumbrados, é habian buenos corazones, é servian al rey de buen talante en lo que les el mandaba, é estos fueron comenzar la pelea contra los moros, é eran fasta ciento de á caballo que andaban á la guerra.»

En el reinado de D. Juan II fué alcaide de los donceles Martin Hernandez de Córdoba, quien mereció ser nombrado embajador del rey de Castilla en el célebre concilio de Constanza, cuando el gran cisma de Occidente, y en sus actas se hace mencion de ese personaje con el nombre de *Proves domicellorum*. Marineo Siculo le llama tambien *Domicellorum custos*.

Réstanos ahora dar una sucinta noticia de los alcaides de donceles que ha habido desde su creacion hasta que entró esa dignidad en la ilustrisima casa de los duques de Medinaceli, sus actuales poseedores, como marqueses de Comares.

Fué el primero que obtuvo este cargo, como ya dejamos apuntado, D. Alonso Hernandez de Córdoba, hijo de D. Fernan Alfonso de Córdoba, señor de Cañete, Paterna y Lueches, progenitor de los marqueses de Priego.

Por no haber tenido sucesion, siguió en el empleo y fué segundo alcaide su hermano mayor, D. Diego Hernandez de Córdoba, y tuvo este oficio en tiempo del rey D. Pedro, de cuyo servicio se separó por haber éste dado muerte á su primo Gonzalo Hernandez de Córdoba, uno de los valerosos caballeros de su tiempo, y encomendado su ejecucion á D. Martin Hernandez de Córdoba, maestre de Calatrava.

Sucedíole D. Martin Fernandez de Córdoba, su hijo, en la dignidad de alcaide y señorios de Espejo y Chillon que aquel habia comprado al conde D. Sancho, hermano de D. Enrique II, y del que se fundó mayorazgo en 1375. Este caballero fué valeroso en las campañas militares, como fué acreditó en las de Antequera, Ronda y Setenil contra los moros, donde hizo hazañas de capitan famoso en los tiempos de D. Juan II, cuyo embajador fué, como ya queda apuntado, en el concilio de Constanza celebrado para la eleccion de pontifice y terminacion del cisma, acompañándole para ese fin D. Diego de Anaya, arzobispo de Sevilla.

(Concluirá.)

